ORACION INAUGURAL

PRONUNCIADA

EN LA SOLEMNE APERTURA

DE LA

UNIVERSIDAD LITERARIA

DE VALLADOLID,

PARA EL CURSO ACADEMICO DE 1857 A 1858

por el Señor

D. MANUEL DE LA CUESTA Y COSSÍO,

Rector de dicha Universidad.





VALLADOLID:

Imprenta de la Sra. Hermana de D. M. Aparicio.

1857.



Ilustrísimo Señor:

Despues de celebrar siete años al frente de tan ilustre Corporacion esta inauguracion solemne sin levantar en ella mi voz porque escuchárais otras mas sábias y elocuentes, he creido que no podia ya excusar por mas tiempo esta obligacion de mi cargo. Si el uso hecho hasta aqui de la facultad de encomendarla á otros ha podido ser calificado de modestia, he temido que el encomendarlo siempre, ó excusarme siempre, podria dar á mi silencio menos favorable interpretacion.

Esta indicacion, Señores, me autoriza para reclamar toda la indulgencia que necesito; y vuestra ilustracion, que ha tocado ya, aunque vencido con tanta fortuna, las dificultades con que lucho ahora, me asegura de que puedo contar con ella.

Todavia no me atreviera á reclamarla si al

dirigiros mi voz pretendiese ostentar una erudicion que, por rara y escogida que á mi me pareciese, seria vulgar para vosotros, ó esplanar alguna proposicion especial y científica, ó alguna cuestion difiícil de tantas como agitan al mundo. Esto no seria ya precisamente el cumplimiento de un deber, que es lo que me asegura vuestra indulgencia: seria invadir un terreno esclusivamente vuestro: seria poner de resalto la pequeñez que me interesa cubrir. Me limitaré, Señores, á un ligero recuerdo de nuestros deberes, que entiendo ser el fundamento y el objeto de estos discursos, porque siempre le necesita el ánimo para afirmarse y luchar mejor contra los obstáculos que encontramos en nuestra penosa y dificilísima tarea. No de aquellos deberes, por decirlo asi profesionales, relativos á la instruccion, á la parte de ciencia que cada uno tiene á su cargo: es tal en esto vuestra suficiencia, vuestro celo y vuestro cumplimiento, que ni envuelta en las formas mas agradables y lisongeras podria permitirme sin ofensa la mas ligera indicacion.

Pero antes, Señores, dejad que salude con toda la efusion de mi alma, que abrace en nombre de todos á nuestros hermanos de la facultad de Medicina, que despues de tantos años de ausencia, durante los cuales ni un solo dia ha dejado de re-

cordarlos esta Escuela como una buena madre recuerda sus hijos, vuelven é ostentar en ella su ciencia y sus virtudes con el crédito y esplendor con que brillaron siempre, encargándose de justificar que nunca debieron alejarse de esta Universidad, que los despidió con tanto sentimiento y con tanto júbilo los recibe. Gracias por tan justo restablecimiento al digno y celoso Ministro de Fomento que sintió aqui la pena de verlos partir y me deja hoy á mi el honroso placer de recibirlos.

Volviendo á mi propósito, Señores, no me dirigiré á vosotros como profesores de las ciencias, sino como guias y directores de la juventud, cuyo doble carácter os distingue; y los deberes que este último os impone no son por cierto menos graves, menos trascendentales ni menos difíciles en el estado de nuestra juventud, en la situacion de esta Sociedad. Una rapidísima ojeada sobre una y otra hará comprender á vuestra penetracion adonde habeis de dirigir con preferencia vuestros esfuerzos, á qué habeis de dedicar especialmente vuestros cuidados, que tendencia debeis dar á la enseñanza si no ha de ser estéril, cuando no perjudicial, á los mismos que vienen ansiosos á recibirla como útil y provechosa.

Los que no lo ven tan de cerca como lo vemos y lamentamos nosotros, no es posible que com-

prendan hasta qué punto está descuidada ó abandonada la primera educacion, la que principia con la vida, al abrir los ojos á la luz del mundo, cuando cada paso que damos en él nos prepara, acaso irrevocablemente, en bien ó en mal, para nuestros futuros destinos. Y entiendo aqui por educacion no precisa y solamente el desarrollo de las fuerzas físicas, intelectuales y morales del hombre, sino la formacion de su corazon, el conjunto de principios, de máximas y sentimientos que grabados en él los primeros, son despues indelebles, que es lo que constituye el hombre moral, fija su suerte, decide su destino y le hace capaz de grandes pensamientos, de grandes acciones y de grandes virtudes.

Esta educacion podrá luego robustecerse ó corregirse, pero no principia, no puede principiar en las Escuelas, porque es de todos los instantes, de todas las acciones, de todos los pensamientos, y no hay otros maestros capaces ni competentes para darla mas que los buenos padres. No se enseña, sino que se inspira: no es de preceptos sino de egemplos; y se aspira insensiblemente en el regazo de la madre, en el seno de la familia, como aspiramos en la atmósfera el aire con que vivimos. Esta falta no se suple luego ni se remedia con los mejores métodos de enseñanza ni con la instruccion mas vasta y escogida. El hombre será siempre

lo que sea su corazon, no lo que sea su cabeza. Asi estamos inundados de *talentos* y carecemos absolutamente de *genios*, porque estos no nacen del cálculo egoista y mezquino con que esta sociedad amamanta á sus hijos.

El mayor mal acaso, y no el mas notado, que han producido los trastornos y conmociones mas bien sociales que políticas del siglo en que vivimos, y la agitacion constante y febril de la generacion presente, ha sido el destruir, por decirlo asi, la vida de familia. Arrancados á ella los hombres para lanzarse á la vida pública ó á especulaciones y negocios con una intensidad devoradora y exclusiva, los lazos familiares se han roto ó se han debilitado: intereses y empeños, sino mayores, mas urgentes y perentorios han hecho aplazar primero y olvidar despues obligaciones mas sagradas; y la educacion de los hijos ha sufrido y sufre las tristes é irremediables consecuencias de esa ceguedad, de ese abandono, que ó no les deja verlas ó les hace prescindir de ellas. Porque no hay que dudarlo, Señores, ese aumento, ese exceso de vida pública, de vida esterior, que todos advertimos, es á costa de la vida interior, de la vida de familia que, mas modesta, mas tranquila, no satisface la necesidad de conmociones fuertes que sienten hoy los corazones agitados.

Sobrepuesta tambien la vida regalada de los sentidos á la vida del alma, cifrando la bienaventuranza en aquella sola, y afanosos por adquirir los medios de alcanzarla, la laboriosidad y el trabajo, que son una gran virtud, hánse convertido en desordenada codicia, que, como todas las pasiones vehementes, acalla las demas, absorve todo el hombre, ofusca su razon y no le deja ver ni pensar siquiera en que sean lícitos ó ilícitos los medios de satisfacerla. Asi se pierde hasta la nocion de lo justo y de lo injusto, de lo bueno y de lo malo. Asi, Señores, mientras progresamos tan rápida y maravillosamente en la industria, mientras contemplamos asombrados los sorprendentes descubrimientos que estan trasformando el mundo, retrocedemos lastimosamente en la civilizacion moral y social, alejándonos del único camino de progresar en ella que tiene abierto la humanidad, que no es otro que el mejoramiento de las costumbres, la mayor conformidad de las acciones humanas con la ley. Todo otro progreso aplicado al órden moral es un absurdo sin nombre, porque en él no caben nuevas reglas, nuevos principios ni nuevas invenciones: en él es todo tan invariable como su eterno orígen. La grave y austera Doctrina que vino á establecer la dominacion del alma sobre los sentidos, á poner en guerra al hombre consigo mismo, con sus pasio-

nes obligándole á dirigir las buenas, á reprimir las malas, á moderarlas y dominarlas todas, es el único progreso moral verdadero y sólido que puede tener la humanidad.

Por eso vemos que sociedades ricas, poderosas y florecientes, lejos de ser tan felices como parece que debieran serlo, viven en agitacion continua y sienten toda la intranquilidad, todo el desasosiego y malestar del hombre opulento que no ha sabido resistir sus pasiones, ni moderar sus deseos, que no ha sabido prohibirse nada á sí mismo, y se ve condenado á la imposibilidad de gozar y al horrible torcedor de una conciencia culpable.

Abandonada ó descuidada la juventud en el seno de la familia, emancipada antes de tiempo, sembrado el mundo de vicios y de errores, contra los cuales no se ha rodeado su corazon de máximas y principios que le sirvan de escudo, comienza la primera instruccion á desarrollar su entendimiento, quedándose el corazon postergado, formándose él solo, sin guia, sin apoyo seguro en el torbellino del mundo, en la confusion de máximas inmorales, de principios erróneos, de burlas y sarcasmos contra todo lo que merece veneracion y respeto. La autoridad paterna, que no cuidó de hacerse sentir á su tiempo, es acaso la primera olvidada ó desatendida, y los que principian no ya

desconociendo sino teniendo en menos de lo que deben esta dulce autoridad no es posible que despues acaten ninguna ni respeten nada.

Y aqui, Señores, es donde, rindiendo al clero católico todo el respeto y veneracion que merecen su sagrado carácter y sus grandes virtudes, se siente la falta de su influencia benéfica, activa y eficaz, propia y digna de su santo ministerio. Porque allí, en la primera educacion de los niños, en las costumbres de la familia, que no en la instruccion científica, es donde están principalmente los peligros, donde están los grandes males que nos cercan y los mayores que nos amenazan, y donde ellos y solo ellos pueden llevar el remedio. Penetrando en las costumbres, observando y corrigiendo los estravíos, rectificando los errores, amonestando, enseñando, siguiendo como deben seguir al hombre desde que le reciben en la cuna hasta que le depositan en la tumba, ellos solos con fé, con perseverancia, con dulzura, con todas las virtudes evángelicas son capaces de prevenir y remediar los males que lamentamos, de mejorar la educacion de las familias y asegurar con ella el sosiego y el bienestar de los pueblos.

Asi lo ha reconocido la nueva ley de Instruccion pública comprendiendo la necesidad de que los Párrocos tomen parte inmediata y directa en la

educacion religiosa de los niños, mucho debemos esperar si se cumple con perseverancia y celo tan laudable propósito.

Porque no es el filosofismo del siglo XVIII el que tiene que combatir como doctrina: ese monstruo desapareció escarnecido por la razon humana en cuanto volvió del estupor que la produjo. No son doctrinas peligrosas, ni sectas disidentes con las que tienen principalmente que luchar; porque los que hoy tienen la desgracia de abandonar la doctrina verdadera, no es para reemplazarla con otra creencia, sino para no someterse á ninguna. La incredulidad de hoy no es de discusion ni de razonamiento, que esta sociedad material y positiva no se ocupa en cuestiones abstractas: tiene su asiento y su orígen en las costumbres, en la familia, en la indiferencia y abandono de la educacion, en la pasion dominante y exclusiva de intereses materiales, que cria, educa y considera al hombre exclusivamente como elemento de riqueza, como instrumento de trabajo, como máquina de produccion, sin mas vida, mas porvenir ni mas destino. Allí está: alli es donde hay que ir á buscarla, á combatirla, á esterminarla, á salvar la religion, la civilizacion y la sociedad, que corren un mismo peligro.

¡Desventurada humanidad! ¡pobre inteligencia

humana condenada siempre á no progresar en un camino sin retroceder en otro! Porque es indudable que las sociedades como los individuos arrastrados por las pasiones de su edad, años en los unos y siglos en las otras, no tienen nunca fuerza bastante para templarlas, ni para moderar sus tendencias siempre violentas y estremadas, siempre dominantes y exclusivas. Y si algun entendimiento superior se atreve á señalar y combatir los peligros ó los errores de su época el torrente le arrastra, y la vergüenza ó el rídiculo, la proscripcion ó la muerte ahogan y sepultan su voz.

No hace muchos siglos que cuestiones metafísicas y abstractas eran el único alimento y vida de aquellas generaciones, y las agitaban y las conmovian con mas violencia acaso que los intereses materiales agitan y conmueven á la presente. No trabajaba entonces el entendimiento humano con menos intensidad y empeño en resolver una cuestion abstracta de escasa ó de ninguna utilidad práctica, que trabaja hoy para descubrir un procedimiento mecánico que centuplique las fuerzas y los productos. No se esfuerzan hoy mas los ingenios para poner en relacion instantánea, en contacto, los estremos del mundo, que se esforzaban entonces para idear en esos templos tan grandes, tan bellos, tan magestuosos, moradas dignas, cuanto es capaz

de alcanzar el hombre, del Ser supremo á que se consagraban. Absortos contemplamos todavía esas maravillas del arte, gloria de aquellos siglos, y no se si orgullo ó vergüenza del que nosotros alcanzamos. Aquellos hombres de envidiable y ardiente fé, con la idea siempre fija de la inmortalidad concebian y ejecutaban obras inmortales: hoy que no hay nada mas que la vida, observadlo, todo tiene este carácter, todo se hace tan débil, tan frágil y perecedero como la vida misma. Entonces todo era espíritu y abstraccion: hoy es todo positivismo y materia. Estremos en todo, no diré si en igual grado, pero uno y otro perjudiciales á la verdadera civilizacion de los pueblos, al progreso de la humanidad, y contrarios á su propio objeto.

Si desde el punto de vista de que hoy contemplamos los tiempos á que me refiero, creemos que hubiera convenido al mayor y mejor progreso de la sociedad materializar, por decirlo asi, humanizar algo aquellas generaciones absoluta y exclusivamente espirualistas. ¿Cuánto mayor no es hoy la necesidad de levantar del suelo, de espiritualizar esta sociedad material y descreida que tan ciegamente está abriendo el abismo en que tiende á sepultarse? ¡Oh! no miremos con tanto desden ni con tanta lástima aquellos atrasados tiempos en que tan poco se atendia á los goces materiales, en que

tan poco se cuidaban de la comodidad y regalo de los sentidos. Nosotros los aventajamos en esto: el bienestar material se ha aumentado, se han ensanchado los conocimientos físicos; pero aquellas almas estaban llenas de fé, eran ricas de esperanza, respiraban con desahogo y con sosiego, mientras hoy se agitan y se desesperan en el vacío, se ahogan en las angustiosas perplegidades de la duda, en los abismos de la incredulidad. La fortuna material se ha aumentado y se aumenta de una manera prodigiosa, pero la fortuna moral está en la mas espantosa decadencia.

En tal situacion la sociedad, en tal estado la educacion ¡cuán grandes, Señores Profesores, cuán estensos y difíciles son vuestros deberes! ¡cuánta su trascendencia y vuestra responsabilidad! ¡qué dotes, que conjunto de cualidades no se necesitan para salvarla, para corresponder á la confianza pública, á lo que de vosotros espera y tiene derecho á esperar la Sociedad, que os entrega su porvenir en sus hijos!... ¡Oh! no la defraudareis: yo sé hasta qué punto comprendeis y llenais vuestros deberes; y si hoy os los recuerdo no es porque vosotros lo necesiteis, ni menos por enseñaros ni advertiros nada. No hablo para vosotros, sino por vosotros y en vuestro nombre, para que sepan los demas en qué concepto y con qué propósitos tomamos á nues-

tro cargo la direccion de la juventud. He querido que volvais conmigo la vista sobre el estado de la sociedad para que deduzcais de él el carácter y tendencia que deben tener hoy los estudios, si han de restablecer el principio moral, perdido ú olvidado en medio de tantas agitaciones.

Cuando el mundo tenia, por decirlo asi, trazado su camino, y marchaba lenta y tranquilamente por él, se enseñaban las ciencias de una manera constante y uniforme, porque habia principios fijos, que nadie discutia, y un conjunto de doctrinas admitidas que servian de asiento á la sociedad. En la lentitud y sosiego con que esta caminaba, la ciencia podia siempre precederla, y habia la seguridad de que lo que el jóven aprendia en las escuelas le habia de servir y ser útil cuando llegase á la mas avanzada edad. Sin que desde entonces háya trascurrido mucho tiempo, ¡á cuánta distancia nos encontramos de él! hoy camina el mundo con tal rapidez, con tanta velocidad que en las ciencias físicas y naturales no estamos seguros de que sirva mañana lo mismo que aprendimos, que inventamos ayer. Ayer, por ejemplo, nos asombraba por su rapidez y perfeccion el telégrafo óptico, y hoy viene á confundirle como una torpeza la invencion del eléctrico, que ha dado á las palabras la velocidad de la luz.

Pero si esto sucede en el mundo físico, en el mundo moral está muy lejos de acontecer lo mismo; y la ilusion de creerlo asi, el temerario error de aplicar y estender el progreso del órden físico al órden moral ha traido sobre nosotros desgracias sin cuento, ha conmovido todas las sociedades y ha sumido á los hombres en un abismo sin fondo. Lejos de progresar el mundo moral con la rapidez del mundo físico y seguir su movimiento, pudiéramos conformarnos con que no retrocediese con igual velocidad. En la misma proporcion que el hombre ha hecho descubrimientos y progresos en el mundo exterior, y ya veis que son inmensos, diriais que se ha olvidado de sí mismo parándose tan poco á pensar en su ser, en su naturaleza, en sus deberes, en su destino, que no parece sino que es lo que menos le importa aquello que mas y con preferencia debiera ocuparle. En esa rápida sucesion de invenciones y descubrimientos, de progresos y trasformaciones, el hombre ha desaparecido en sí mismo y en los demas y es en cierto modo lo que menos vale, lo que en menos se tiene: solo piensa en sí con relacion á los intereses materiales y los demas tampoco le consideran mas que como instrumento de produccion y de consumo.... ¿En dónde está el progreso moral? ¿En dónde los lazos de fraternidad y de amor que deben estrechar á los hombres, que

deben unir al mundo?... ¿Sabeis en dónde? En la rehabilitacion de la mas sublime de todas las creencias; y ese es el carácter, esa es la tendencia que debeis dar, que teneis necesidad de dar á la enseñanza.

Ya veis, Señores Profesores, cuanto importa que al mismo tiempo que ilustrais el entendimiento levanteis y dirijais el corazon de esa interesante juventud, haciéndola comprender su destino, su porvenir, su felicidad, puesto que viene á aprender aqui los medios de alcanzarla. Para moderar, sin contrariar abiertamente, esa ansia de goces materiales, enfermedad terrible y contagiosa de la presente generacion, hacedla comprender que no está en ellos solos, ni precisamente en ellos, la felicidad que buscan: que no está solo en la vida de los sentidos, sino en la vida del alma, que tiene mas altas, mas sublimes necesidades. Levantad á ellas su corazon: alejadle de ese camino tenebroso y oscuro, que no tiene salida; y hacedlo con la discrecion, con la parsimonia, con el interés que os inspiran vuestro cariño y vuestro celo, aprovechando las ocasiones que natural y espontáneamente se os presenten para confirmar con la ciencia vuestras sóbrias y oportunas indicaciones.

Todos no podrán ser sábios; pero todos pueden ser buenos, honrados, benéficos, mas útiles

estos á la pátria con sus modestas virtudes, que los otros con su orgullosa sabiduría. ¿Qué serian los estudios sino sirviesen mas que para alimentar el orgullo, sin corregir los defectos ni debilitar las pasiones? El interés del Gobierno y de los pueblos en la educacion y en la instruccion de los jóvenes, no es tanto hacerlos mas sábios como hacerlos mejores; y si perdemos de vista este fin, por mucho que trabajemos no nos haremos dignos de la estimacion pública.

No es preciso, ni posible tampoco, que os señale la manera de conseguir tan grandes objetos con ocasion de cada asignatura, principalmente en los estudios elementales de la segunda enseñanza, que es en los que mas puede hacerse para reformar y completar la educacion de los jóvenes. Habiendo unidad en el fin, los medios son muchos y varios, y á todos os los han dictado ya vuestra discreccion y sabiduría.

Al recorrer y enseñarles los elementos de la Historia ¡qué egemplos no podeis ofrecerles de virtudes que encanten, que eleven su corazon, y de abominaciones y vicios que les sean odiosos para execrarlos! En ella verán que las prendas del alma son las que forman los héroes: que la satisfaccion de hacer bien es la mayor de las recompensas; y que los cálculos del interés y del egoismo son siem-

pre bajos, mezquinos y despreciables. ¡Qué bellos caractéres, qué modelos tan acabados de lealtad, de generosidad, de desinterés y de hidalguía no podeis presentarles al llegar á la historia de nuestra pátria! ¡Qué contraste tan desconsolador forman aquella abnegacion y patriotismo, aquella nobleza, aquellas virtudes, con el cálculo egoista, con el mezquino interés que es hoy, descaradamente por desgracia, el único móvil de las acciones humanas!

Al esplicarles y desenvolverles las facultades de su entendimiento, las potencias de su alma, hacedles ver que ese destello de la divinidad, que no cabe en el tiempo ni en el espacio, es superior y fue criada para cosas mas altas que los goces de los sentidos, que la dejan tan vacía y hambrienta antes como despues de agotarlos. Que los placeres intelectuales la contentan y satisfacen mas, como mas inmediatos y análogos á los inmortales y divinos á que está destinada. La Moral, viniendo á confirmar esto mismo, les mostrará que su único alimento son las virtudes, que solo se satisface con buenas acciones, y que el placer mas sublime es el de hacer bien, tanto mas grande cuanto mayor sea el bien que se haga y el sacrificio que cueste.

La Física, la Química, la Historia natural, levantando á su vista todos los velos que se han logrado descorrer hasta ahora de los arcanos de la natura-

leza, les señalarán en todas partes la mano de Dios, su inmensidad y su omnipotencia. La verán desde el insecto imperceptible hasta la estrella mas alta del firmamento: lo mismo en la superficie que en las entrañas de la tierra. La verán en la sublime armonía con que ruedan los astros por la inmensidad del espacio; y la verán sobre todo en el entendimiento humano que ha sido capaz de subir hasta ellos, de medir sus distancias, de seguir su marcha, de contar sus pasos!... y de contemplar esa inteligencia suprema, ese poder infinito que los gobierna, que los guia, que trazó sus órbitas y armonizó sus evoluciones. Les harán ver la perfecta conformidad de sus descubrimientos con el libro de la creacion, y cómo la verdadera ciencia viene á destruir los sofismas de la impiedad y á comprobar y confirmar los fundamentos de nuestra fé.

Considerad, Señores, que las buenas doctrinas que difundais, los sanos principios que logreis establecer no alcanzarán solo á los jóvenes que os escuchen: ellos serán luego activos propagadores, celosos apóstoles de la buena doctrina, y acaso logren disipar las nubes que cubren el horizonte, y rehacer esta Sociedad que se está disolviendo.

Recordad, por último, que si no salen convenientemente preparados de estos estudios, fundamento de todos los demas, no podrán alcanzar en las fa-

cultades superiores todo el fruto que apetecen las familias, que necesita la pátria y que exige la distinguida clase social á que son llamados, la cual les impone tambien altos, delicados y penosos deberes. Los vuestros, Señores Profesores de las Facultades, nacen de esta misma importancia.

Los que mañana se sienten como discípulos en vuestras cátedras pueden ser llamados á enseñar desde ellas como maestros, á ocupar altos destinos en la administracion del Estado, á sentarse bajo el sólio de la justicia, ó, lo que no es ni menos difícil ni menos honroso, á defender los fueros de esa misma justicia sosteniéndola siempre con fortaleza incontrastable ¡Qué prendas de carácter, qué dotes de espíritu, qué seguridad y estension de conocimientos no exigen la importancia, la gravedad, la trascendencia de tan elevados cargos! Hacédselo comprender, Señores Profesores; y al repetirles uno y otro dia los principios de la ciencia, inculcadles los de honradez y probidad, que no necesitan menos, y el noble desinterés, que, cada vez mas raro, enaltece las profesiones honrosas, que no son oficios mecánicos. Aqui no se enseñan, no se han enseñado nunca, como fin, las artes de enriquecerse, ni han sido jamás la ganancia y el interés el objeto exclusivo ni principal de las ciencias: seria rebajarlas al nivel de la industria, y son mucho

mas altas y sublimes su naturaleza y su objeto. Las profesiones á que se dediquen, digna y noblemente egercidas, serán tan lucrativas como honrosas, y les proporcionarán medios de vivir decorosamente en la sociedad, que sabrá recompensar sus servicios y sus virtudes. Pero los que no vean en ellas mas que el arte de lucrar con la ciencia, esos las deshonran sin conocerla, se envilecen sin alcanzarla, y serán siempre indignos de la estimacion de los hombres.

Sin cerrar á vuestros alumnos el camino de honrosas aspiraciones, hacedles ver las dificultades y peligros del servicio público, en que, sin gran porvenir ni seguridad, se alcanza muchas veces el descrédito y muy pocas la gloria. Y sosteniendo como estímulo las dulces aunque escasas satisfacciones de una ambicion moderada, presentadles de resalto, que de esto tendreis mas egemplos, los precipicios que cercan, los excesos á que arrastran, las desgracias y escarmientos que producen siempre las locas ilusiones de una ambicion desmedida.

No se si en todas las épocas habrá sucedido lo mismo, pero en muchos jóvenes de la presente asoman sin tiempo cierta inmodestia y pretensiones que desdicen de su edad, vician su carácter y marchitan la fresca lozanía de sus años, perjudicando acaso á su porvenir. El mundo parece que ha per-

dido hasta la idea de que la modestia sea una virtud. Hay tantos y tan altos egemplos de desconocerla ó desmentirla que apenas puede estrañarse que la juventud se contagie y se deje arrastrar por el egemplo. Pero no por estar tan autorizado deja de ser un vicio capaz de deslucir él solo las cualidades mas brillantes; y sin dejar de hacer á estas la debida justicia, cuando la merezcan, reprimid en los jóvenes la alta idea de sí mismos, que si es alta es siempre injusta y odiosa, y ensalzad la virtud de la modestia que asi enaltece al verdadero mérito como encubre las faltas é imperfecciones, siempre muchas y grandes en quien presume tener menos.

El mismo orígen tienen, y tambien ejemplos análogos, esas aspiraciones precoces, esa impaciencia de darse á conocer que arrastra á muchos á demostraciones prematuras de una instruccion incompleta y superficial. Estas y aquellas pretensiones son sostenidas y fomentadas, al mismo tiempo que por un amor propio excesivo, por los recuerdos de una educacion débil é indulgente, de mal disimuladas lisonjas. Sobradas ocasiones habeis de tener, y debeis aprovecharlas, de hacerles comprender lo mucho que les falta saber todavia para justificar sus inmodestas aspiraciones. Cuando sepan mas serán mas sóbrios y detenidos; y el deseo que hoy tienen de ser conocidos se convertirá tal vez en

temor de que los conozcan. Reprimid el exceso de amor propio donde quiera y bajo cualquier forma que aparezca: descubrídsele á sus propios ojos, en pruebas sobre ellos mismos, que bien es que salga de aqui reprimido y escarmentado, para que despues no los pierda, tan mal consejero.

No son menos graves ni menos penosos, y acaso mas trascendentales y difíciles, los deberes de los que se dedican á la honrosa y complicada ciencia de curar: la mas sublime y benéfica, digna y concienzudamente ejercida, la mas abyecta y odiosa si convierte en indigna grangería los continuos padecimientos de la doliente humanidad. Aparte los deberes de la ciencia, en cuyos principios van á iniciar á los alumnos vuestro saber y vuestra esperiencia ¡qué prendas de espíritu no necesitan los que se consagran á tan difícil profesion! Para ninguna otra, ni para nada en el mundo, se necesita corazon tan grande, tanta sensibilidad y ternura, tanta delicadeza, tan esquisita prudencia y miramientos, tan recta conciencia de su situacion y de sus deberes. El médico se encuentra en el seno de las familias en las situaciones mas angustiosas, en los momentos de conflicto y de pena, dueño de los mas íntimos secretos en la confianza de la tribulacion, en el desahogo inmeditado y espontáneo del sentimiento. El médico entonces debe ser mas que

un hombre: un salvador, que acallando sus pasiones tiene que ser todo corazon y sentimiento, ángel tutelar, providencia visible de las familias atribuladas. Su ciencia no alcanzará siempre á llevar la salud á los enfermos, pero su alma elevada siempre podrá llevar consuelo y resignacion á los afligidos. Vosotros, ilustres Profesores, que estais á toda la elevacion de tan altos deberes, cuidareis de enriquecer con ellos el corazon de vuestros alumnos al mismo tiempo que su entendimiento con los principios de vuestra sublime ciencia.

Réstame solo hablar de lo que en esta ocasion solemne no puedo dispensarme y que hoy nos ocupa á todos. Ya comprendeis que aludo á la nueva ley de Instruccion pública, la primera entre nosotros que tiene carácter de tal, debida á la perseverancia y celo del que fue vuestro compañero en esos bancos, y dignísimo antecesor mio en este distinguido cargo. Reciba de nuestra parte la felicitacion mas sincera por haber llevado á cabo con general beneplácito, y venciendo grandes obstáculos, una de esas determinaciones que honran siempre á los Gobiernos que las conciben. No me detendré á examinarla porque eso no nos corresponde á nosotros: los que estamos encargados de su ejecucion no somos llamados mas que á ejecutarla; y haciéndolo, como lo haremos, con fé, con decision y con empeño,

no será infecunda nuestra tarea, ni dejará de dar los resultados apetecidos.

He faltado á mi propósito, Señores Profesores. Queria que lo breve de mi discurso cubriese ó disculpase lo vulgar de su fondo y he fatigado vuestra atencion. Perdonádselo á mi buen deseo; y al derramar sobre el entendimiento de esa bella juventud los principios y verdades de las ciencias en que vais á iniciarla, caiga tambien sobre sus corazones el rocío de las buenas máximas, de las sanas doctrinas, de las mismas prendas y virtudes que á vosotros os distinguen.

Y vosotros, jóvenes apreciables, para quienes se abren hoy las puertas de esta ilustre y antigua Escuela, entrad por ellas con ánimo resuelto de corresponder á las esperanzas y á los sacrificios de vuestras familias. No olvideis un instante las cariñosas advertencias que de ellas recibisteis y que yo en su nombre os repito. Vuestros padres, en su estremada ternura, han vacilado entre la nececesidad de enriquecer vuestra inteligencia y el temor de que vuestra inesperta juventud se perdiese en los inminentes y continuos peligros de una sociedad corrompida. ¡Qué desgracia y que responsabilidad la vuestra si justificaseis estos temores llenando su corazon de amargura! Se han resuelto por fin al sacrificio de apartaros de su lado en la confianza

de que la aplicacion y el estudio serán el preservativo, la salvacion de tantos peligros. Y lo serán: y no defraudareis su esperanza; y volvereis á su seno con la dulcísima satisfaccion de haber correspondido á su confianza y á su cariño. No flaquee vuestro ánimo, no decaiga vuestra constancia, no os arredren ni os desalienten las dificultades de la ciencia, que todo lo vence una aplicacion perseverante, auxiliada y guiada por tan dignos Profesores. Con ella y con vuestra ejemplar conducta sostendreis el buen nombre de esta Universidad Literaria, y sereis un dia el sostenimiento y el orgullo, como sois ahora el bello porvenir y la esperanza de la pátria.—HE DICHO.

